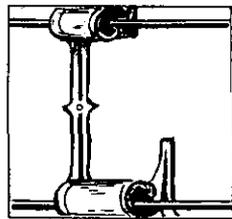


CITIZEN SEMIOSIS

FERNANDO VASQUEZ RODRIGUEZ**



Los estudios o reflexiones sobre la ciudad son siempre una aproximación, una perífrasis. Las ciudades son un campo de estudio no sólo de semiotistas; los historiadores, los geógrafos, los arquitectos, los arqueólogos, los ecologistas, los artistas... , todos ellos han encontrado en la ciudad un espacio o un lugar estupendo para la reflexión o para el hacer creativo. Por lo mismo, una semiosis de la ciudad pretende bordear o señalar algunos de los signos que la constituyen; no abarcarlos todos, por supuesto. Una semiosis de la ciudad apenas genera ciertos conceptos de entrada, ciertas categorías capaces de «abrir» zonas de explicación y comprensión del vasto tejido citadino. Una semiosis de la ciudad, y más de las urbes latinoamericanas, exige elaborarse -a la manera de un «collage»- juntando muchas escrituras, varios relatos. En el mismo sentido, una semiosis de la ciudad tiene que desarrollarse desde la óptica de un «ciudadano» particular que, como se verá más adelante, corresponde a una fabulación individual de la urbe, del territorio. Muy seguramente, una semiosis de la ciudad termina confundándose con una poética del espacio.

* Licenciado en Literatura de la Universidad Javeriana. Director del Departamento de Expresión y profesor de Semiótica en la Facultad de Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana.

** Entre 1988 y 1991, Armando Silva mantuvo una columna en el diario El Tiempo (Bogotá-Colombia) denominada 'Ciudad Imaginada'. De ella hemos tomado algunos ejemplos que ponen en evidencia la relación ciudad-comunicación.

1 La ciudad es una extensión de la casa. Entendiendo la casa como territorio materno. El útero inicial. Las ciudades son como placentas. Y, dependiendo de la sangre y de la geografía, la ciudad va germinando. Eso es importante: las ciudades germinan. Cada ciudad va teniendo su propia fisonomía, sus propias características. ¿Quién de nosotros no identifica «su ciudad» con una serie de cualidades, la mayoría de las veces antropomorfizadas? Hay sitios, nombres, pistas de filiación. Entonces, preguntar ¿de dónde eres? quiere decir, ¿qué ciudad te preñó de sentido? ¿Qué ciudad te hizo hijo suyo?. Si uno responde de dónde es, lo que además agrega a esa información es la certeza de un origen. Las ciudades, por lo mismo, son como la otra raza, como la otra sangre de los hombres.

2 «Nadie mira a nadie de frente,
de norte a sur la desconfianza, el recelo
Entre sonrisas y cuidadas cortesías.
Turbios el aire y el miedo
en todos los zaguanes y ascensores, en las camas.
Una lluvia floja cae
como diluvio: ciudad de mundo
que no conocerá la alegría.
Olores blandos que recuerdos parecen
tras tantos años que en el aire están.
Ciudad a medio hacer, siempre a punto de parecerse a algo
como una muchacha que comienza a menstruar,
precaria, sin belleza alguna.
Pacios decimonónicos con geranios
donde ancianas señoras todavía sirven chocolate;
patios de inquilinato
en los que habitan calcinados la mugre y el dolor.
En las calles empinadas y siempre crepusculares,
luz opaca como filtrada por sementinas láminas
de alabastro,
ocurren escenas tan familiares como la muerte y
el amor;
estas calles son el laberinto que he de andar y

desandar:
todos los pasos que al final serán mi vida.
Grisas las paredes, los árboles
y de los habitantes el aire de la frente a los pies.
A lo lejos el verde existe, un verde metálico y sereno,
un verde Patinir de laguna o río,
y tras los cerros tal vez puede verse el sol.
La ciudad que amo se parece demasiado a mi vida;
nos unen el cansancio y el tedio de la convivencia
pero también la costumbre irremplazable y el viento».

María Mercedes Carranza, «Bogotá, 1982» en **Tengo Miedo**

3 Las ciudades guardan una directa relación con nuestra memoria. Mejor aún, con nuestra infancia. Es probable que las ciudades en las cuales permecemos muchos años permeen distintas zonas de nuestro ser, pero -sin lugar a dudas- es la ciudad de la infancia la que más recordamos. Uno podría decir que hay una especie de paternidad o de maternidad respecto a la ciudad en la que uno nace. Uno es hijo de una ciudad. Y por ella, así como en otra genealogía, uno posee ciertas «marcas», ciertos «estilos», ciertas «características». A veces, un habla; otras, una forma de vestir o una manera de bailar. Uno lleva a otras ciudades la sangre de la ciudad de su infancia. Desde luego, esto es así, porque la ciudad de nuestra niñez está llena de nombres míticos, de «zonas sagradas» en donde cada quien compraba un helado, jugaba un partido de fútbol o entraba a mirar algún espectáculo. Me parece, entonces, que las ciudades -vistas desde la lejanía del tiempo- son nostálgicas. A lo mejor ese sea el encanto de las ciudades viejas; de pronto ese es el motivo por el cual - y el cine, y la música, y la literatura lo han mostrado- siempre se regresa a la ciudad-niñez.

4 «Las ciudades, como las personas o las casas, tienen un olor particular, muchas veces una pestilencia. Mientras recorría las calles rectas de Trujillo, me sentía envuelto por una transpiración secreta que emanaba no se sabía de dónde, quizás de los zaguanes, de los sótanos condenados o de las alcantarillas. Una presencia olfativa me cercaba y me recordaba a cada paso mi condición de forastero, de hijo de tierra extranjera. Yo andaba a manotazos bajo el duro sol y los balcones morunos, recordando que en Lima, años atrás, cuando iba a las calles del centro, había sentido también el olor de la ciudad. Lima, decían las viejas, olía a ropa guardada. Para mí olió siempre a baptisterio, a beata de pañolón, a sacristán ventruado y polvoriento. Pero Trujillo olía a otra cosa. Era un olor amarillo, en todo caso, un olor que tenía algo que ver con las yemas de huevo, los helados imperial o ese sol ambarino que penetraba todos los objetos»

Julio Ramón Ribeyro, **Crónica de San Gabriel**.

5 Dos acciones acompañan a la ciudad. La partida y el retorno. Partimos de la ciudad -de la ciudad de nuestra infancia- para buscar otros aires, para confrontar nuestro yo; partimos de la ciudad -la que nos vio nacer- para poder ser «adultos». Y retornamos a ella, siempre después de muchos años, para corroborar que sí valió la pena, que fue bueno iniciar dicha aventura. De paso, habría que anotar un tono «mítico», «épico» en este accionar con respecto a la ciudad: primero la partida - por supuesto que hay una variable: la huida-, repleta de llanto, de despedidas, de «rupturas», de incertidumbres; después, el retorno, siempre lleno de ansiedad, de esperanza, de muchos anhelos. Entre la primera y la segunda acción -como si fuera la tensión de un arco- el ser humano hace o forja su vida, consigue un capital, descubre un amor... En síntesis, se hace hombre.

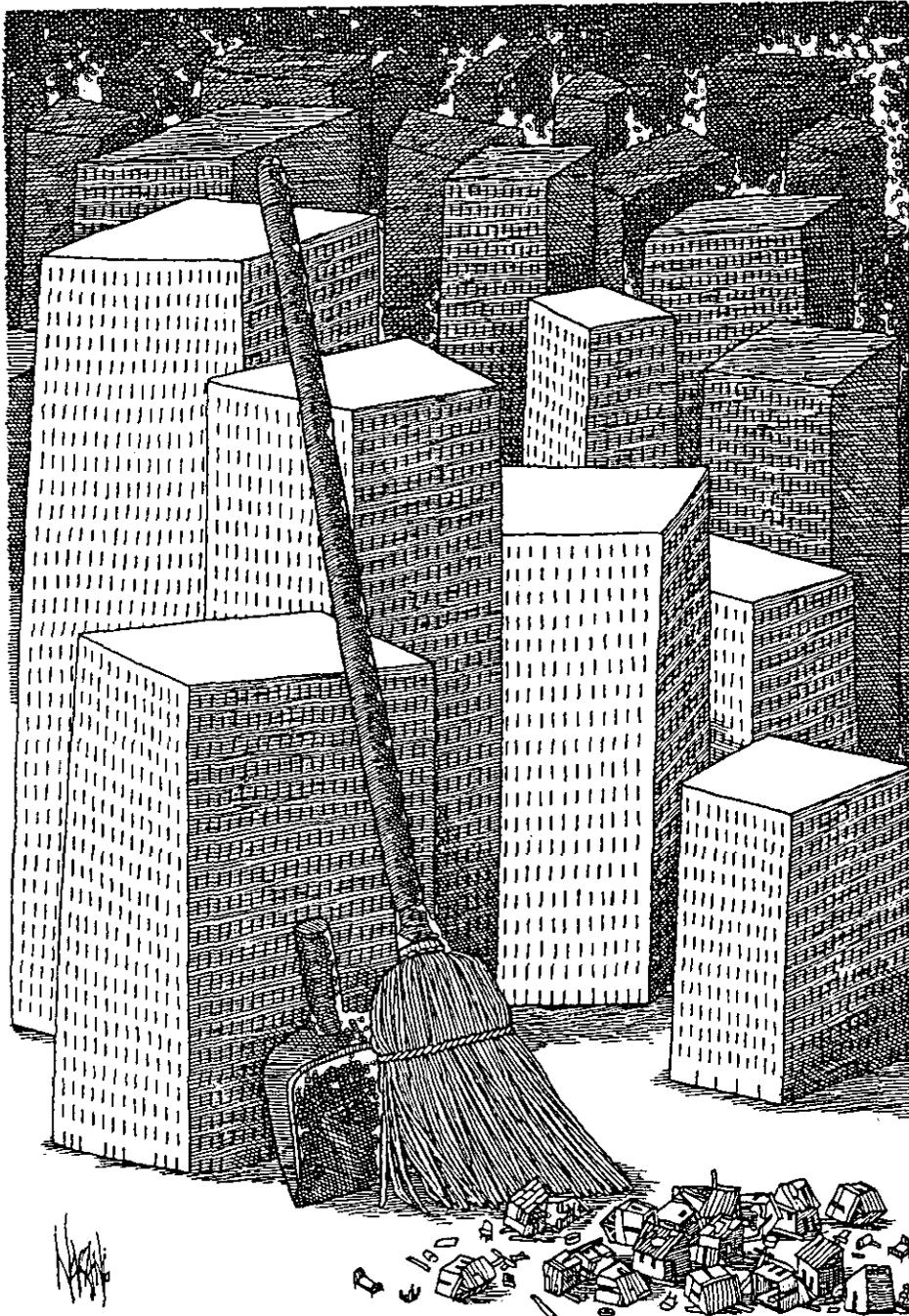
6 «Así que después de muchos años me encontré otra vez en casa. Estaba en la plaza principal (por la que había pasado infinidad de veces de niño, de muchacho y de joven) y no sentía emoción alguna; por el contrario, pensaba que aquella plaza llana, por encima de cuyos tejados sobresale la torre del ayuntamiento (semejante a un soldado con un antiguo casco), tiene el aspecto del patio de un cuartel y que el pasado militar de esta ciudad morava, que sirvió en tiempos de bastión contra los ataques de húngaros y turcos, había marcado en su rostro un rasgo de fealdad irrevocable.

Después de tantos años, no había nada que me atrajera hacia mi lugar de nacimiento; me dije que había perdido todo interés por él y me parecía natural: hace ya quince años que no vivo aquí, no me queda en este sitio más que un par de amigos o conocidos (y aun a esos trato de evitarlos) y a mi madre la tengo aquí enterrada en una tumba ajena, de la que no cuido. Pero me engañaba: lo que llamaba desinterés era en realidad rencor; sus motivos se me escapaban, porque en mi ciudad natal me habían ocurrido cosas buenas y malas, como en todas las demás ciudades, pero el rencor estaba presente; había tomado conciencia de él precisamente en relación con este viaje; el objetivo que perseguía lo hubiera podido lograr, al fin de cuentas, también en Praga, pero me había empezado a atraer irresistiblemente la posibilidad que se me ofrecía de llevarlo a cabo en mi ciudad natal, precisamente porque era un objetivo cínico y bajo, que burlescamente me liberaba de la sospecha de que el motivo de mi regreso pudiera ser la emoción sentimental por el tiempo perdido».

Milan Kundera, **La Broma**.

7 Siempre hay un fundador de la ciudad, un «padre mítico»; y siempre -así sea de manera oral- habrá unas leyendas que la constituyen; una «saga». Sin embargo, las ciudades no se hacen de una vez; no son inmediatas. El tiempo de construcción de la ciudad es lento. Y por más que los arquitectos se empeñen en urbanizarla, la ciudad va creando sus propias ampliaciones, sus propias extensiones y ramificaciones.

Viéndolo bien, la configuración de una ciudad depende de muchas variables: el clima, la geografía, las personas, los intereses. Cada una de esas variables impone una perspectiva, un sentido: si es una ciudad ribereña, las casas, las calles, el orden interno de la ciudad será de una manera bien distinta a la de una ciudad del interior.



Si es una ciudad tránsito, en ella apenas comemos algo para el camino y, escasamente, dormiremos una noche; si es una ciudad estación, nos quedaremos más tiempo, a lo mejor unas vacaciones o una temporada de recreo; si es una ciudad término, en ella permaneceremos largos períodos, quizá nuestros últimos días, quizá nuestra agonía. Pero no son únicamente las implicaciones del paisaje, también cuentan los intereses de los moradores de una ciudad: Hay ciudades que son hijas de la diáspora, de la égida. Ciudades éstas en las que se van superponiendo una casa encima de otra, una azotea, un jardín, una «mejora». Ciudades desordenadas -o con un orden especial- sin geometría o precisión en su direccionalidad; ciudades babélicas. Y se van extendiendo, se van fusionando hasta convertirse en pequeñas ciudades dentro de la gran ciudad. Microciudades igualmente complejas. Un barrio, una comuna, una fabela son expresiones de la forma particular como la ciudad se reorganiza interiormente.

8 « Construir es colaborar con la tierra, imprimir una marca humana en un paisaje que se modificará así para siempre; es también contribuir a ese lento cambio que constituye la vida de las ciudades. Cuántos afanes para encontrar el emplazamiento exacto de un puente o una fontana, para dar a una ruta de montaña la curva más económica que será al mismo tiempo la más pura (...) He reconstruido mucho, pues ello significa colaborar con el tiempo en su forma pasada, aprehendiendo o modificando su espíritu, sirviéndole de relevo hacia un más lejano futuro; es volver a encontrar bajo las piedras el secreto de las fuentes.

Nuestra vida es breve; hablamos sin cesar de los siglos que preceden o siguen al nuestro, como si nos fueran totalmente extranjeros; y sin embargo llegaba a tocarlos en mis juegos con la piedra.

Esos muros que apuntalo están todavía tibios del contacto de cuerpos desaparecidos; manos que todavía no existen acariciarán los fustes de estas columnas. Cuanto más he pensado en mi muerte, y sobre todo en la del otro, con mayor motivo he buscado agregar a nuestras vidas esas prolongaciones casi indestructibles. En Roma utilizaba de preferencia el ladrillo eterno, que sólo muy lentamente vuelve a la tierra de la cual ha nacido y cuyo lento desmoronamiento e imperceptible desgaste se cumplen de modo tal que el edificio sigue siendo montaña aun cuando haya dejado de ser visiblemente una fortaleza, un circo o una tumba.

En Grecia y en Asia empleaba el mármol natal, la hermosa sustancia que una vez tallada sigue fiel a la medida humana, tanto que el plano del entero templo se halla contenido en cada fragmento del tambor. La arquitectura tiene muchas más posibilidades de las que hacen suponer los cuatro órdenes de Vitruvio; nuestros bloques, como nuestros tonos musicales, admiten combinaciones infinitas (...) Casi todo lo que nuestro gusto consiente ha sido ya intentado en el mundo de las formas; pasé entonces al de los colores: el jaspe, verde como las profundidades marinas; el pórfido graneado como la carne, el basalto, la taciturna obsidiana. El denso rojo de las tapicerías se adornaban con bordados cada vez más sutiles; los mosaicos de las murallas o los pavimentos no eran nunca bastante dorados, o blancos, o negros. Cada piedra era la extraña concreción de una voluntad, de un recuerdo, a veces de un desafío. Cada edificio era el plano de un sueño.

Plotinópolis, Andrinópolis, Antínoe. Adrianoterea ... He multiplicado todo lo posible esas colmenas de la abeja humana. El plomero y el albañil, el ingeniero y el arquitecto presiden esos nacimientos de ciudades; la operación exige asimismo ciertos dones de rabadomante (...) Nuestros exquisitos se quejan de la uniformidad de nuestras ciudades; lamentan encontrar en todas partes la

misma estatua de emperador y el mismo acueducto. Se equivocan: la belleza de Nimes difiere de la de Arles. Pero además esa uniformidad, repetida en tres continentes, contenta al viajero como una piedra miliar; nuestras ciudades más insignificantes guardan su prestigio tranquilizador de relevo, de posta, o de abrigo. La ciudad: el marco, la construcción humana, monótona si se quiere pero como son monótonas las celdillas de cera henchidas de miel, el lugar de los intercambios y los contactos, la plaza a la que acuden los campesinos para vender sus productos y donde se quedan mirando boquiabiertos las pinturas de un pórtico... Mis ciudades han nacido de encuentros: mi encuentro con mi rincón de tierra, el de mis planes de emperador con los incidentes de mi vida de hombre».

Marguerite Yourcenar, **Memorias de Adriano.**

9 Las ciudades son construídas, se organizan, de acuerdo a la concepción que se tenga de lo público y lo privado. Las ciudades occidentales, por lo general, han sido pensadas más desde una relevancia de lo público; de la calle, de la plaza. La ciudad islámica, en cambio, es secreta; se imponen los aderves, los patios íntimos, los callejones. Cada ciudad, de otra parte, obedece a un plan base: hay ciudades damero, ciudades radiocéntricas, ciudades estelares, ciudades lineales o ciudades pluricéntricas. Ese plan matriz está soportado en una filosofía o en una cosmología; a veces son el reflejo del culto a la racionalidad, o del poder omnímudo de un Dios, o de una ideología militar. Las ciudades no escapan a las valoraciones o las axiologías dominantes. Luego no debe extrañarnos esas teorías de los sectores o los estratos con los cuales se subdividen las ciudades. Si durante mucho tiempo lo que imperó fue el «centro» por oposición a la «periferia», hoy vemos cómo los márgenes han tomado un valor inigualable, alejándose de las zonas de trabajo o las zonas industriales. Tampoco puede tomarnos

por sorpresa ese continuo desplazamiento de los cementerios hacia lugares alejados de la ciudad; tal criterio evidencia otra forma de concebir la muerte y de valorar la tradición. Si las ciudades se transforman, si cambian como la piel de un ofidio, es porque encarnan las distintas variaciones de mentalidad de los hombres que las habitan. Ya lo había dicho Spengler: «sucede un gran acontecimiento político y el rostro de una ciudad tomará nuevas arrugas».

10 «Automóviles salían disparados de calles largas y estrechas al espacio libre de luminosas plazas. Hileras de peatones, surcando zigzagueantes la multitud confusa, formaban esteras movedizas de nubes entretejidas. A veces se separaban algunas hebras, cuando caminantes más presurosos se abrían paso por entre otros a quienes no corría tanta prisa, se alejaban ensanchando curvas y volvían, tras breves serpenteos, a su curso normal. Centenares de sonidos se sucedían uno a otro, confundándose en un profundo ruido metálico del que destacaban diversos sonos, unos agudos claros, otros roncós, que discordaban la armonía pero que la restablecían al desaparecer. De este ruido hubiera deducido cualquiera, después de largos años de ausencia, sin previa descripción y con los ojos cerrados, que se encontraba en la capital del Imperio, en la ciudad residencial de Viena. A las ciudades se las conoce, como a las personas, en el andar. Mirando de lejos y sin fijarse en pormenores, lo podían haber revelado igualmente el movimiento de las calles. Pero tampoco es de trascendencia siquiera el que, para averiguarlo, se lo hubiera tenido uno que imaginar. La excesiva estimación de la pregunta de 'dónde nos encontramos' procede del tiempo de las hordas, nómadas que debían tener conocimiento cabal y plena posesión de sus pastos. Sería interesante saber por qué al ver una nariz amoratada se da uno por satisfecho con reparar simplemente y de manera imprecisa en el color, y nunca se pregunta qué

clase de tonalidad tiene, aunque, sin más, se lo podría expresar la medida de las vibraciones moleculares. Por el contrario, en asunto tan complejo como es una ciudad en la que se vive, se quisiera conocer todas sus peculiaridades. Esto nos desvía de lo más importante.

No se debe rendir tributo especial al simple nombre de la ciudad. Como toda metrópoli, estaba sometida a riesgos y contingencias, a progresos, avances y retrocesos, a inmensos letargos, a colisión de cosas y asuntos, a grandes movimientos rítmicos y al eterno desequilibrio y dislocación de todo ritmo, y semejaba una burbuja que bulle en un recipiente con edificios, leyes, decretos y tradiciones históricas. Las dos personas que subían por la calle ancha y animada no caían en la cuenta. Pertenecían, como saltaba a la vista, a una elevada clase social, en el estilo y en el hablar lo reflejaban; iban noblemente vestidos y traían las iniciales de sus nombres bordadas en las ropas (en las exteriores y también, aunque de modo invisible, en las ultrafinas interiores de la subconsciencia), sabiendo muy bien quiénes eran y conscientes de que la capital en que se encontraban era su propia ciudad residencial».

Robert Musil, **El hombre sin atributos.**

11 La ciudad es una red, un entramado, un tejido de infinitud de cosas. Hablando con propiedad, una ciudad es un inmenso código compuesto por varios sistemas. La analogía entre el cuerpo y la ciudad es sorprendente. Sistemas de vías (arterias), sistemas de alumbrado (nervios), sistema de alcantarillado (digestión). Cada elemento de esta red de la ciudad se enlaza o se engarza con otro y éste, a su vez, con otro más, en una progresión infinita. Cruces, interacciones, interrelaciones, imbricaciones. Nudos. Nada está suelto en la ciudad; y si de pronto hay algo «separado», «anormal», «antisocial», la ciudad

tiene lugares especiales para tales elementos. Volvamos a la analogía con el cuerpo humano: cada órgano responde a una función; cada elemento guarda algún tipo de correspondencia. Por eso la ciudad es como un juego de vasos comunicantes. La idea de red puede ayudarnos, de otra parte, a entender la manera como una ciudad se organiza. Hay calles y avenidas; vías; conductos; cables por encima y por debajo. De un lado una calle que confluye en una avenida; de otra, un chorro de carros que desemboca en un terminal. En la ciudad todo confluye. Nada está suelto. Tejido citadino. Trabajo de Penélope. La idea de red, de igual manera, nos remite al concepto de flujo. La ciudad circula: el tráfico fluye; las personas transitan; las aguas, los alcantarillados, las conexiones del teléfono y de la luz, las interconexiones de energía, todo esto tiene un movimiento acelerado, tiene un ritmo. Nada mejor para evidenciar el fluir de la ciudad que ese desplazamiento continuo -de ida y vuelta- de los buses y busetas, de los carros, las bicicletas y los mismos peatones. Este bombeo de sangre de la ciudad tiene momentos de mayor y menor intensidad; hay taquicardias de lo urbano, y hay bajas de presión. Arritmias.

12 «La forma verdadera de la ciudad está en ese subir y bajar de los techos, tejas viejas y nuevas, acanaladas y chatas, cumbreras gráciles o pesadas, pérgolas de cañizo o cobertizos de fibrocemento ondulado, barandillas, columnitas que sostienen macetas, albercas de chapa, tragaluces, lumbreras de vidrio, y sobre todas las cosas se alza la arboladura de las antenas de televisión, derechas o torcidas, esmaltadas u oxidadas, en modelos de generaciones sucesivas, diversamente ramificadas y retorcidas y aisladas, pero todas flacas como esqueletos e inquietantes como totems. Separadas por irregulares y desiguales golfos de vacío, se enfrentan terrazas proletarias con cuerdas para tender la ropa y tomates plantados en barreños de zinc; terrazas residenciales con espalderas tapizadas

de trepadoras sobre enrejados de madera, muebles de jardín de hierro esmaltado de blanco, toldos enrollables; campanarios echando a vuelo sus campanas; frontones de palacios públicos de frente y de perfil; áticos y sobreáticos, añadidos abusivos y no punibles; andamiajes metálicos de construcciones en curso o que han quedado por la mitad; ventanales con cortinas y ventanillas de retretes, paredes color ocre y color siena; paredes color moho de cuyas grietas dejan colgar sus hojas penachos de hierbas; cajas de ascensores; torres con ajimeces y triforas; pináculos de iglesias con sus vírgenes, estatuas de caballos y cuadrigas; mansiones rebajadas a cuchitriles, cuchitriles reestructurados como garçonnières; cúpulas blancas o rosadas o violetas según la hora y la luz, veteadas de nervaduras, culminando en linternas coronadas por otras cúpulas más pequeñas.

Nada de todo esto puede ser visto por quien mueve sus pies o sus ruedas sobre el pavimento de la ciudad».

Italo Calvino, Palomar.

13 La ciudad tiene entradas y salidas. Es laberíntica. Hay, por lo mismo, accesos ciertos y falsos. Callejones ciegos, avenidas que conducen a un mismo sitio; calles sin un fin determinado. Cualquiera que haya visitado una ciudad extraña se habrá dado cuenta - y más si anda manejando un carro alquilado- de los mil vericuetos desconocidos, de todas las vueltas que se deben dar para llegar a un sitio particular; de la cantidad de tiempo empleado en buscar esa diagonal, esa carrera que, a pesar nuestro, estaba justo detrás de donde empezamos la búsqueda. Nadie puede entrar o salir de una ciudad sin una cierta preparación, sin una cierta iniciación, sin un cierto mapa -así sea elemental: «entre por la derecha y verá un edificio amarillo, después siga directo hasta un árbol enorme, de ahí baje hasta un parquecito y

encontrará la casa que está buscando»-. Por ser la ciudad un laberinto, su lógica interna es la de la pérdida y la del encuentro. Por ser laberíntica, en ella uno se puede «perder», en esa doble propiedad: perderse de otros que nos buscan, o perderse uno mismo por deseo o por mera gratuidad. En la ciudad nos perdemos (bella manera de subrayar un sentimiento del hombre con respecto al espacio) y, al hacerlo, nos entregamos al deambular, al ir de un lugar a otro sin un fin determinado; cuando nos perdemos, la ciudad nos devora. Ciudad vorágine. Nueva selva.

14 *«Pero al llegar a la gran avenida situada bajo el paso elevado de la vía rápida se encontraron en un cruce caótico. Diversas calles que convergían en los ángulos más inesperados... Gente que cruzaba la calle en todas direcciones... Caras oscuras... Por este lado, una boca de metro... Por aquél, edificios bajos, tiendas... Un restaurante chino, el Gran Sabor, llévese la comida a la casa... Sherman se sentía incapaz de adivinar cuál de las calles era la que iba en dirección oeste... Esa, lo más probable es que sea ésta, giró hacia allí... una calle ancha... coches aparcados en las dos aceras... más adelante, aparcados en doble, en triple fila... una multitud... ¿Cómo atravesar...? De modo que decidió torcer... hacia ahí... Había un indicador de calle, pero los nombres de las calles ya no le servían de orientación... Calle Nosecuántos Este... Hacia allí... Tomó una calle, pero al cabo de poco se fundió con otra calle lateral y se metió por entre unos edificios bajos. Daba la sensación de que estuviesen abandonados. Al llegar al siguiente cruce torció -supuso que hacia el oeste- y siguió la nueva calle a lo largo de unas cuantas manzanas. Seguía habiendo edificios bajos. No estaba claro si eran talleres o almacenes. Muros coronados por espirales de alambre de espino. Las calles estaban desiertas, lo cual está muy bien, se dijo a sí mismo, y no obstante sentía los nerviosos latidos de su corazón. Volvió a torcer. Una calle estrecha*

a cuyos lados se alineaban casas de siete u ocho pisos; ni rastro de gente; ni una sola luz en ninguna ventana. Y cuando llegó a la siguiente manzana, lo mismo. Volvió a torcer, y al doblar la esquina...

... asombroso. Absolutamente vacío, un enorme terreno abierto. Manzanas y manzanas -¿cuántas? ¿seis, ocho, una docena?- de terreno urbano sin un solo edificio en pie. Quedaban las calzadas, las aceras, las farolas, pero nada más. Ante él se extendía el retículo fantasmal de una ciudad,

iluminado por el amarillo químico de las farolas. Aquí y allá había restos de escombros y escoria. La tierra parecía ser de cemento, pero con subidas y bajadas, con las colinas y los valles del Bronx... reducidos aquí a asfalto, cemento, y ceniza... todo bañado por una amarilla luz crepuscular.

Tuvo que mirar dos veces para convencerse de que todavía se encontraba en Nueva York».

Tom Wolfe, *La Hoguera de las Vanidades*.



15 Las ciudades, en su esencia, son secretas. Al menos para el turista. Al extranjero la ciudad se le presenta de una manera diferente al nativo. Quizás mejor: la ciudad es proteica. Tiene varios rostros. Varias metamorfosis. Cada ciudad presenta a sus visitantes una diferente faceta. Para el extranjero la ciudad es como un enigma. Al menos en principio. No olvidemos que una ciudad no se da con facilidad. Hay que convivir con ella: habitarla. Hay que descifrar sus oráculos. Valdría la pena aclarar que si uno no se mantiene atento a su ciudad -si no la recorre o la camina, si no la «reconoce día a día»- termina por convertirse en extranjero de su propio territorio. Y es muy probable que sea así en las megápolis, en las grandes urbes. Lo proteico de la ciudad reside en su movilidad. A cada hora, a cada día las ciudades se moldean de manera diferente. Crece, hacia arriba y hacia los lados. Y hacia dentro de sí misma. Hasta puede crecer hacia abajo. Tal crecimiento hace de la ciudad un cuerpo mutante, un espacio propicio para todo tipo de avatares. Por eso, las ciudades son hijas de Isis; por eso las ciudades están resguardadas por una Esfinge.

16 *«Muchos son los detalles que lo proclaman: el callejón de Midaq fue una de las joyas de otros tiempos y actualmente es una de las rutilantes estrellas de la historia de El Cairo. ¿A qué El Cairo me refiero? ¿Al de los fatimíes, al de los mamelucos o al de los sultanes? La respuesta sólo la saben Dios y los arqueólogos. A nosotros nos basta con constatar que el callejón es una preciosa reliquia del pasado. ¿Cómo podría ser de otra manera con el hermoso empedrado que lleva directamente a la histórica calle Sanadiqiya? Además tiene el café que todos conocen como el Café de Kirsha, con muros adornados de coloridos arabescos. De los del callejón, actualmente desconchados, todavía se desprenden los olores de las antiguas drogas, populares especias y remedios de hoy y de mañana ...*

Aunque el callejón está totalmente aislado del bullicio exterior, tiene una vida propia y personal. Sus raíces conectan, básica y fundamentalmente, con un mundo profundo del que guarda secretos muy antiguos ».

Naguib Mahfouz, **El Callejón de los Milagros.**

17 Toda ciudad, por pequeña que sea, tiene sitios recomendables y sitios no muy seguros. Hay como una «moral» de la ciudad. Algunos de esos sitios son producto de la leyenda, otros corresponden a una sectorización de las castas o de las élites que habitan las ciudades. El peligro o la confianza dentro de la ciudad merece pensarse desde la óptica de los territorios. O desde una distinción social capaz de irrigarse en la dimensión del espacio. Fijémosnos que una zona considerada por cierta casta como peligrosa, es asumida por otro «clan» como segura o como «habitable». Basta residir en cualquier espacio de la ciudad para descubrir estas marcadas diferencias. Es la perspectiva de clase del habitante la que va creando distintas valoraciones, distintos planos de la ciudad. Por supuesto, también hay sitios «neutrales», donde todos los miembros de una ciudad pueden estar juntos (un estadio, una plaza de toros, un cine o un teatro, un parque). Congregados, sí; iguales, no. Las ciudades mantienen intactas las diferencias sociales. Es más, las estimulan o refuerzan.

18 *«En esencia, ¿qué es esa ciudad, la nuestra? ¿Qué resume la palabra Alejandría? Evoco en seguida innumerables calles donde se arremolina el polvo. Hoyes de las moscas y los mendigos, y entre ambas especies de todos aquellos que llevan una existencia vicaria.*

Cinco razas, cinco lenguas, una docena de religiones; el reflejo de cinco flotas en el agua gra-

sienta, más allá de la escollera. Pero hay más de cinco sexos y sólo el griego del pueblo parece capaz de distinguirlos. La mercadería sexual al alcance de la mano es desconcertante por su variedad y profusión. Es imposible confundir a Alejandría con un lugar placentero. Los amantes simbólicos del mundo helénico son sustituidos por algo distinto, algo sutilmente andrógino, vuelto sobre sí mismo. Oriente no puede disfrutar de la dulce anarquía del cuerpo, porque ha ido más allá del cuerpo. Nessim dijo una vez, recuerdo -y creo que lo había leído en alguna parte- que Alejandría es el más grande lagar del amor; escapan de él los enfermos, los solitarios, los profetas, es decir, todos los que han sido profundamente heridos en su sexo».

Lawrence Durrell, *El Cuarteto de Alejandría* - Justine-.

19 De las personas que conocen la ciudad, ningún otro grupo tan particular como los taxistas. De tanto trajinarla, de tanto ir y venir por sus calles y avenidas, los taxistas empiezan a desarrollar una «competencia olfativa» de la ciudad. Y basta con dar una dirección para que ellos empiecen a reconstruir en su mente, el recorrido más indicado, la «ruta más rápida y corta» para llegar a ese destino. Los taxistas son como los Carontes de nuestro tiempo; pueden trasegar sin perderse en la red o el laberinto de la ciudad. Un taxista experimentado hace visible -legible- la dirección, la orientación de la ciudad. Los taxistas son los astrónomos del suelo. Ellos pueden, al igual que los antiguos augures, interpretar los signos más enrevesados de la ciudad. De allí que, cuando uno es turista en alguna ciudad, no hay como tener de aliado a un taxista (de los servidores atentos, no de los avivatos malintencionados), porque sólo él puede indicarnos dónde se compra más barato, dónde se come mejor, cuáles son los sitios indeseables, cuáles los mejores lugares de recreo. Los taxistas, además, son los guardianes permanentes de la ciudad; son

los testigos de la vida cotidiana que circula en su interior; y, finalmente, son una memoria de los cambios que la ciudad padece.

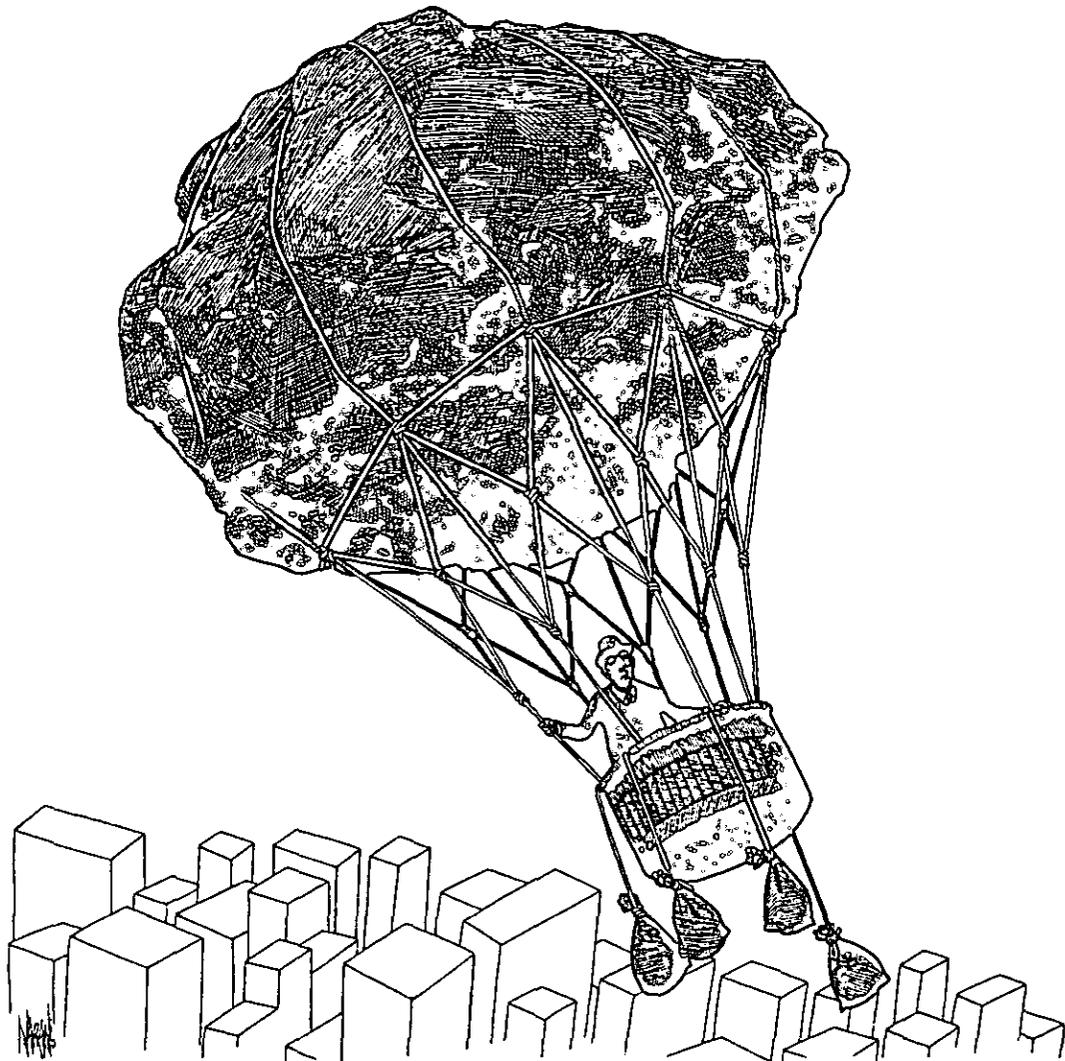
20 «El tacto de la ciudad es percibido por los pies. La mano es inútil para palpar la ciudad. No podemos entrar con ella en contacto si no es por los pies; se la palpa caminando y es durísima. En verdad, refractaria. Esa es su piel de pavimento. De acuerdo con las teorías de la evolución, que explican el casco del solípedo por la acción mecánica de la percusión en la marcha, el pavimento debe explicarse por los mismos factores que el carapacho del armadillo y la dermis del paquidermo. Pero lo cierto es que la piel del pavimento cuya dureza mineral perciben nuestros pies y la comunican en el cansancio y el mal humor a toda la psique, es aisladora y hostil. Es una planchada, especie de magma que separa al hombre del mundo. Cuando la Municipalidad deja, con exquisito gusto, algunas cuadras de vereda sin empedrar, el pie toma contacto directo con la naturaleza de todo el país y no es sólo el alivio para los pies fatigados, sino la sensación de bienestar que suministra siempre la tierra. La planta del pie siente la elasticidad de la tierra que sobre el pavimento se produce a expensas de los tejidos vivos. Cede ella en vez de hacernos ceder a nosotros.

También desde el punto de vista darwiniano es el pavimento una defensa económica de la ciudad para mantener su tránsito. Nos obliga a tomar un vehículo aun por pocas cuadras. Toda marcha a pie es agotadora; en verano se une a la dureza de la piedra el calor, y en invierno el frío. Una ciudad no ha sido adoquinada para caminar por ella, sino para recorrerla en coche. El coche es el peatón natural de la ciudad; el neumático, no el pie; la llanta de hierro, no la pata. Para la pata se ha ideado la herradura, que preserva el casco como el pavimento a la tierra; para el pavimento se ha fabricado el automóvil.»

Ezequiel Martínez E., *La Cabeza de Goliat* - Microscopia de Buenos Aires-.

21 Cada uno habla de su ciudad como la siente; cada uno, de acuerdo a su especial historia, «inventa» la ciudad. La fabula. Desde luego esto es así porque el recordar, el evocar, siempre es selectivo. Por eso recordar es reorganizar el pasado. Por eso, también, ha escrito José Carlos Llop, « es imposible evocar París sin evocar a Balzac o a Marcel Proust. Londres, por ejemplo, será siempre Samuel Pepys, Dickens y el Club Pickwick. Venecia: Casanova y Goldoni; Thomas Mann y Paul Morand. Trieste: Joyce, Svevo y Saba. Alejandría: Cavafis y Durrell. Praga, Kafka. Pessoa es Lisboa y Viena -ese pastel de inteligencia deslumbrante- Joseph Roth o Canetti, entre decenas de nombres impagables ». *La ciudad que contamos no es aquella en la cual*

vivimos; siempre será un más o un menos, pero nunca un igual. La ciudad narrada es una composición. Y habrá tantas «historias» de una ciudad como individuos; cada quien pondrá su «estilo» para contar sus «hazañas» o sus peripecias. Es probable que algunos individuos se adueñen de ciertos relatos de una ciudad , pero lo harán a manera de interpolaciones, incorporándole notas, aventuras ficticias, glosas de diversa índole. Los acontecimientos de una ciudad pasan siempre por el filtro de la fantasía de sus habitantes. Hay más: es tan importante esta relación discursiva del hombre con la ciudad que, llevada hasta el límite, culmina en la creación de una ciudad imaginaria: La República, La ciudad de Dios, Arcadia, La ciudad del Sol, La ciudad Ideal, Nueva Atlántida... Utopía.



22 «Cuando conocí Dublín, a mediados de los sesenta, me sentí traicionado: esa ciudad alegre y simpática, de gentes exuberantes que me atajaban en medio de la calle para preguntarme de dónde venía y me invitaban a tomar cerveza, no se parecía mucho a la de los libros de Joyce. Un amigo se resignó a servirme de guía tras los pasos de Leopold Bloom, en esas veinticuatro horas prolijas del Ulises; se conservaban los nombres de las calles, muchos locales y direcciones, y, sin embargo, aquello no tenía la densidad, la sordidez ni la metafísica grisura del Dublín de la novela. ¿Habían sido alguna vez, ambas, la misma ciudad?

En verdad, no lo fueron nunca. Porque Joyce, aunque tuvo la manía flaubertiana de la documentación y (él, que era la falta de escrúpulos personificada en todo lo que no fuera escribir) llevó el escrúpulo descriptor de su ciudad a extremos tan puntillosos como averiguar por cartas, desde Trieste y Zurich, qué flores y qué árboles eran aquellos que, en aquella precisa esquina..., no describió la ciudad de sus ficciones: la inventó. Y lo hizo con tanto arte y fuerza persuasiva que esa ciudad de fantasía, nostalgia, rencor y (sobre todo) de palabras que es la suya acaba por tener, en la memoria de sus lectores, una vigencia que supera en dramatismo y color a la antiquísima urbe de carne y hueso -de piedra y arcilla, más bien- que le sirvió de modelo».

Mario Vargas Llosa, «El Dublín de Joyce» en **La Verdad de las Mentiras**.

23 Por ser proteicas, por ser su padre Jano, las ciudades varían según el día o la noche. No hablo de haz y envés de la ciudad. Tampoco hablo de un momento pleno de luz, transparente; y otro escaso de claridad, opaco. Lo que quiero anotar más bien es la diferente tonalidad de la ciudad, según sea de día o de noche. En un caso, la gama es de colores; en otro, la gama

es de grises. Igualmente ricas y múltiples. La infinita variación afecta tanto a uno como a otro tiempo. De acuerdo a lo anterior, hay que cambiar de ojos según se esté en el reino diurno o nocturno de la ciudad. Si no se hace tal cambio de óptica, muchos de los aspectos de la metrópoli serán invisibles o imperceptibles; muchas de las aristas, de las salientes ciudadinas nos parecerán chatas o rectas manifestaciones del espacio. La noche de la ciudad es tan variada como el día; tanto o más misteriosa; tanto o más agitada. Claro, puede hacerse una taxonomía de los diferentes habitantes del día y de la noche; puede incluso crearse una categoría especial para los oficios -unos nocturnos, tan velados; otros, diurnos, tan evidentes-, o construirse un mapa de legalidad, según rija el sol o la luna; sin embargo, lo relevante es que la ciudad no se detiene, no para, no rompe su continuidad en el tiempo. La noche, en las ciudades, es la reanudación del día.

24 «En esta la ciudad que conocen mejor los vagabundos, la ciudad nocturna que ha entrado en un largo, letárgico estado de coma, desconocido mapa, desconocida ciudad dentro de ella.

Tiene otro nombre acaso la ciudad en su jerga hecha de gestos y silencios.

La voz del hampa, sus secretos bien guardados en la zurda caleta de sus pechos trasega en un paisaje de cortinas de metal, de dilatados antros que cantan la canción del extramuro.

No todos viven en la misma ciudad: hay calles donde cualquiera es extranjero, terraplenes al pie de herrumbrosas carrileras donde el santo y seña de rudos alcoholes reúne los restos de menguadas pandillas, las historias de gesta olvidadas en las hojas empolvadas de un prontuario.

Es entonces cuando la carcoma de los días ya hace mella, cuando una nata de tiempo cubre paisajes detenidos, respiraciones contenidas en cuyos pechos sudorosos se agita un talismán, un tatuado trébol de cuatro hojas o la blanca pata de un conejo.

Y surgen los ocultos nombres, el alias de un olvido, el homenaje a sus muertos en el riesgoso batallar de los silencios: la espesa cofradía que desconoce a Villón pero ama la flor de los peligros.

No todos viven en la misma ciudad: hay calles donde cualquiera es extranjero y próximo a entrar en mapas de olvido: basta con encontrar un hombre adherido a su colt o a su cuchillo».

Juan Manuel Roca, «Ciudad oculta» en **Fabulario real**.

25 Nada más triste que no tener una ciudad, una patria; ningún otro castigo tan cruel como el destierro, el ostracismo (la extradición para ser más contemporáneos). Si a uno lo alejan o le quitan la posibilidad de vivir o habitar en su ciudad de origen, lo que le están quitando es su infancia. «Allí jugaba con los Martínez, allá me enamoré por primera vez; en esa esquina vendían unos roscones llenos de guayaba; en esa iglesia hice mi primera comunión». El parque, las droguerías, las panaderías. Una cafetería, un mercado. Sitios más secretos, algunos; más evidentes, otros. Hay cierta lógica, cierta complicidad con la ciudad que nos vio nacer. Sólo los que nacieron allí, sólo los que la habitaron por muchos años, saben del mejor lugar donde siempre había verduras frescas y, de ese otro espacio, donde una señora vieja preparaba unas obleas abundantes de arequipe. Luego, entonces, si a uno lo separan de su ciudad, si lo extirpan de ella, lo que se pone en cuestión es la razón misma de la persona, su identidad. Ostracismo quiere decir apartamiento, brusca separación. Muerte en vida.

26 «Eran las claves del pasado. Ahí estaba el memorable edificio del antiguo Canal de Televisión y el Departamento de Audiovisuales, donde había empezado mi carrera

de cine. Allí estaba la escuela de Teatro, a donde llegué desde mi pueblo de la provincia, a los diecisiete años, para presentar un examen de admisión que fue definitivo en mi vida. Allí hacíamos también las concentraciones políticas de la Universidad Popular, y había vivido mis años más difíciles y decisivos. Pasé por el cine City, donde había visto por primera vez las obras maestras que todavía me exaltan la vocación, y entre ellas la menos olvidable de todas: Hiroshima, mon amour. De pronto, alguien pasó cantando la célebre canción de Pablo Milanés: Yo pisaré las calles nuevamente de lo que fue Santiago ensangrentada. Era una casualidad demasiado grande para soportarla sin sentir un nudo en la garganta. Estremecido hasta los huesos me olvidé de la hora, me olvidé de mi identidad, de mi condición clandestina, y por un instante volví a ser yo mismo y nadie más en mi ciudad recuperada, y tuve que resistir el impulso irracional de identificarme gritando mi nombre con todas las fuerzas de mi voz, y enfrentarme a quien fuera por el derecho de estar en mi casa».

Gabriel García Márquez, **La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile**.

27 La ciudad es redundante. En muchos aspectos. Basta mirar los postes de alumbrado público, las vallas, los pasacalles, los avisos, los letreros de distinto tamaño y color, las paredes..., para comprobar ese autonombrase de las ciudades. Es como si la ciudad necesitara exteriorizarse permanentemente -debe haber una secreta relación entre ciudad y espectáculo, entre ciudad y deseo de «exhibición»-. La ciudad se resemantiza a cada minuto. Los paraderos, los distintivos de las diversas «rutas» de transporte, las imágenes corporativas, las señales de tránsito: todo ello es el soliloquio de la ciudad. Decir señalética, en las ciudades, es decir monólogo interior. Y están, a la par de los signos gráficos, los relojes. Abundantes. De todos los diseños. Los

relojes que dicen de la ciudad una obsesión por el tiempo, por la cita, por el control, por la jornada, por la exactitud. Si las ciudades necesitan de esa exterioridad de las horas es porque no confían en los «tiempos naturales», porque desean -una y otra vez- recordarles a sus habitantes que «el tiempo es oro». Redundantes son también las calles, los semáforos, los pitos de los vehículos, el humo de las fábricas, los vendedores ambulantes, los por-dioseros, los perros flacos, las basuras... La ciudad se repite, escribió Calvino, « para que algo llegue a fijarse en la mente». Y sólo cuando los habitantes de una ciudad conservan esos signos en la memoria es cuando « la ciudad empieza a existir».

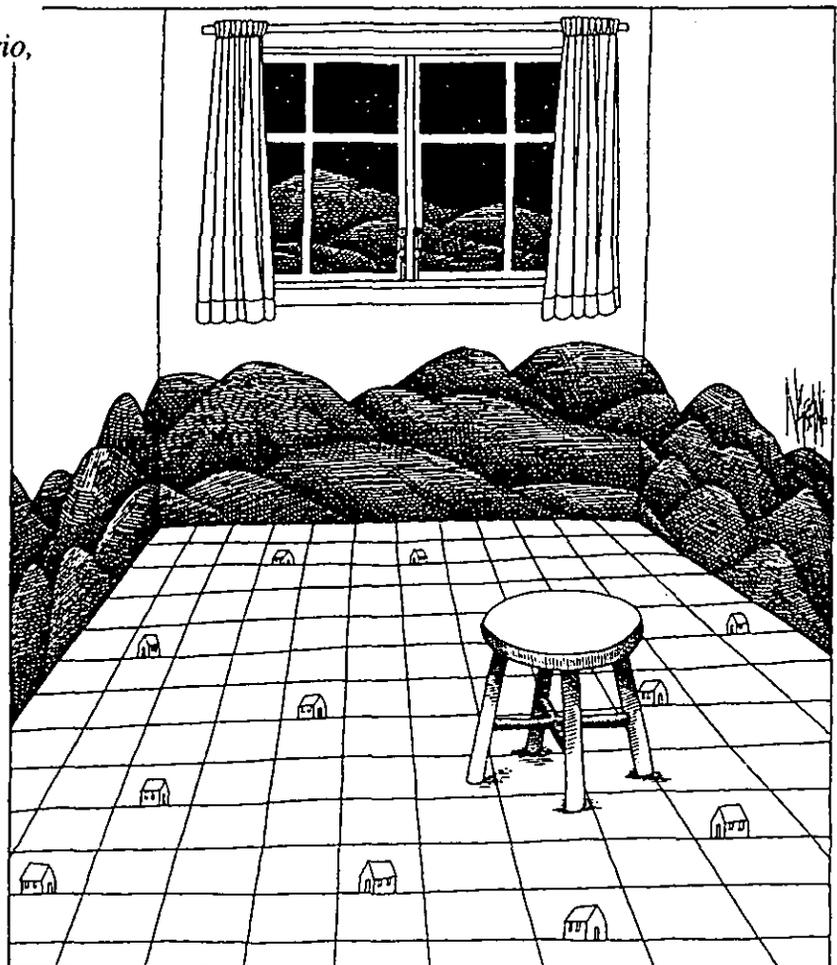
28 «Las calles de Buenos Aires ya son mi entraña. No las ávidas calles incómodas de turba y de ajeteo, sino las calles desganadas del barrio, casi invisibles de habituales,

*enternecidas de penumbra y de ocaso
y aquellas más afuera
ajenas de árboles piadosos
donde austeras casitas apenas se aventuran,
abrumadas por inmortales distancias,
a perderse en la honda visión
de cielo y de llanura.*

*Son para el solitario una promesa
porque millones de almas singulares las pueblan,
únicas ante Dios y en el tiempo
y sin duda preciosas.*

*Hacia el Oeste, el Norte y el Sur
se han desplegado -y son también la patria- las calles;
ojalá que en lo versos que trazo
estén esas banderas ».*

Jorge Luis Borges, «Las Calles» en **Fervor de Buenos Aires**.



29 La ciudad aparece antes de que uno nazca; es como el patrimonio de nuestros mayores. La ciudad, a pesar nuestro, es algo que uno deja a sus descendientes. Julián Marias ha escrito: «normalmente el individuo vive en una ciudad que no han hecho sus coetáneos, sino sus antepasados; es cierto que la transforma y modifica, sobre todo la *usa* a su manera, descubriendo en ello su vocación peculiar; pero por lo pronto es una realidad, recibida, heredada, *histórica*». Como quien dice, las ciudades siempre son antiguas. O como afirma Fernando Chueca Goitia, «una ciudad permanece cuando la sustancia social que le dio vida ha desaparecido». Las ciudades son reliquias. Es probable que la denominada Ecología urbana esté ayudando a entender la enorme responsabilidad con la ciudad que tenemos todos sus moradores. Cada reconstrucción, cada proyecto arquitectónico nuevo, cada edificio demolido, cada avenida, cada zona verde, parecieran realizarse para hacer más gratificante y cómoda la ciudad de hoy; sin embargo, tales acciones van moldeando y determinando la ciudad del futuro. Las ciudades son legados. Herencias.

30 «Dijiste: ' Iré a otra tierra, iré a otro mar. Otra ciudad ha de haber mejor que esta. Cada esfuerzo mío es una condena dictada; y mi corazón está -como un muerto- enterrado. ¿Hasta cuándo estará mi alma en este marasmo? Adonde vuelva mis ojos, adonde quiera que mire veo aquí las negras ruinas de mi vida, donde pasé tantos años que arruiné y perdí .' »

No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares. La ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo; y entre las mismas paredes irás encaneciendo. Siempre llegarás a esta ciudad. Para otras tierras -no lo esperes- no tienes barco, no hay camino. Como arruinaste aquí tu vida, en este pequeño rincón, así en toda la tierra la echaste a perder»

Constantinos Cavafis, **La Ciudad.**